

1. PEDRO GONZÁLEZ: CLAVES PARA UNA BIOGRAFÍA

Yolanda Fernández Acevedo

Pedro llegó a Salta en 1961. Un viaje relacionado con un trabajo que, durante breve tiempo, desempeñó en Salta y Jujuy: representaba a una distribuidora de libros que acercaba a estas provincias material bibliográfico a librerías y particulares, una modalidad que, por aquellos años, era bastante frecuente. Suponía, él y sus amigos embarcados en esta empresa, que se trataba de un breve paréntesis en sus vidas muy porteñas, una estancia limitada y que sentían como proveedora de cierto exotismo en sus existencias muy de la calle Corrientes de su Buenos Aires natal. No sabía entonces que Salta era su destino y que aquí encontraría amigos en la bohemia artística y literaria de esos hoy increíbles años '60, compañeros para su pasión política por el peronismo, una familia y, más tarde, CLAVES, esa revista donde se conjugaron todos sus intereses y sus búsquedas.

Cuando llegó a Salta, traía ya una intensa biografía: estudios incompletos de Letras y de Derecho, singulares experiencias en la poesía de aquellos años en Buenos Aires, sus primeras militancias en el ámbito peronista, una pertenencia ineludible al lado de las reivindicaciones populares, un acendrado y nunca desmentido amor por los libros. De su primer matrimonio, una hija, Alejandra, que pronto aprendería a considerar Salta como parte de su historia.

Su primer encuentro con esta tierra fue reveladora, casi mágica: un mundo desconocido y una historia, una geografía, costumbres que le deslumbraron, un arte y una literatura con las que sintió profunda empatía.

Nos conocimos a los dos o tres meses de su llegada. Yo, estudiante de Filosofía en aquel Dpto. de Humanidades todavía vinculado a la Universidad de Tucumán, le encargué con urgencia un texto que necesitaba para un examen. Por distintos motivos, no pudo cumplir su promesa en tiempo y forma, pero ese fue un buen motivo para reunirnos y, mientras hacía el correspondiente reclamo, nos encontramos coincidencias en lecturas y pasiones compartidas. Desde entonces continuamos escribiendo nuestra biografía juntos hasta este 2016.

En esta biografía los acontecimientos políticos marcaron en forma determinante los distintos momentos de los profundos cambios que signaron la época. Pedro fue protagonista de todos ellos, comprometido siempre con el peronismo y con sus grandes consignas. Una primera aventura periodística se dio entre los años '69 y '70, con el diario Democracia, de breve vida, pero intensa inserción en el cuadro político social de un momento clave para la preparación de grandes acontecimientos.

Luego llegaron los años del exilio, exilio interno, en los que estuvimos fuera de la provincia, ya con nuestra hija Fernanda. Con la llegada de la democracia, en 1984, volvimos a Salta. Un momento de grandes expectativas, un reencuentro con las luchas populares.

CLAVES va a aparecer en 1992, con fecha 6 al 19 de febrero, como un quincenario de opinión política. Surgía desde la necesidad de constituir un polo de reflexión y participación decidida en los asuntos de la época. En la página 2, en una breve columna titulada "Claves de esta publicación" se detallan aspectos que merecen destacarse. Comienza con una clara acotación: "Una presencia periodística más necesita justificarse", para luego manifestar sus propósitos iniciales: "A mitad de camino entre la noticia cotidiana y la reflexión más profunda de una publicación especializada, trataremos de construir en torno a estas páginas un espacio común para el análisis de las claves que gobiernan nuestra sociedad". Seguidamente subraya "Sabemos que existe la convicción de crear un ámbito común, coincidente con un puñado de afirmaciones básicas, que hagan posible la convivencia civilizada de las personas y la confrontación serena de las ideas que expresan. No creemos, por cierto, en una neutralidad aséptica, consistente en comprenderlo todo en una indiferencia suicida". La voz del director de CLAVES se vuelve más apremiante cuando asume un marco de comprometido respeto para su quehacer: "Nuestra provincia por su condición mediterránea se enfrenta con mayor rigor a esta nueva realidad para el subcontinente y sus nuevos desafíos". "América que siempre ha sido utopía y realidad- contraste de sueños luminosos y pesarasas vigiliass- es nuestra tradición y nuestro destino". Finalmente, concluye la breve apelación al

lector con el llamado a "...un proyecto común, sin exclusiones, pero sin condescendencias con nuestras propias limitaciones y prejuicios, con coraje y con fe". Y lo dice con firmeza, trazando su propio objetivo como publicación: "Esta voz, humilde pero firme, quiere ayudar a forjar este nuevo proyecto".

En el número 6 de CLAVES en un breve editorial, se retoman estas posiciones, se modifica la periodicidad- ahora será una revista mensual- y se anuncian modificaciones en la dirección y en los colaboradores. Podemos decir que Claves se encuentra a sí misma desde este número. Se trata de un compromiso singularmente amplio, que, desbordando lo político, abarca aspectos históricos, sociales, culturales, literarios y filosóficos. Modifica su portada desde el nº 11, apareciendo en cada nuevo ejemplar la reproducción de una postal antigua de la ciudad de Salta, lo que se convertiría durante varios años en la característica de Claves. Posteriormente, esa postal es sustituida por la reproducción de obras plásticas de artistas, salteños o vinculados al quehacer de la provincia.

En el último número de Claves, de diciembre de 2015, Pedro se despide de sus lectores en una breve y emocionante nota, en la que celebra los 24 años de labor ininterrumpida y en donde reafirma los propósitos iniciales: " El propósito central, desde nuestra perspectiva, consistía en entablar un diálogo político-cultural que permitiera crear las base para el nacimiento de una auténtica vida democrática, entendiendo esta no sólo en un sentido político, sino como posibilidad de construir un hábitat donde los problemas de la provincia, de la región y del país, pudieran debatirse libremente". "Convocamos, a figuras que, en el campo cultural tuvieran un significado que trascendiera los límites de una mera discusión de lo inmediato, para afirmar o negar la validez de expresiones coyunturales". Y continúa diciendo... "No hubo sectarismo alguno, se condenó la violencia bajo todas sus formas, se estimuló la labor creativa y se afirmó tanto la aventura como el orden".

La tarea de CLAVES queda así cabalmente diseñada, desde las primeras palabras de su director, hasta la despedida final, en que aparece claro el sentimiento de un compromiso realizado. Y eso es lo que quiero destacar: CLAVES cumplió cabalmente la propuesta enunciada. Si alguien leyera hoy todos los números del

mensuario, en su orden cronológico, tendría, seguramente, al cumplimentar ese ejercicio, la visión de una unidad en la concreción de un proyecto. CLAVES es una obra que tiene principio y fin. Su editor, su autor, así lo quiso.

Por eso CLAVES forma parte consustancial con la biografía de Pedro. En esta revista colaboraron hombres y mujeres de las más diversas disciplinas, con intereses y discursos de distinta orientación y signo, con sesgos radicalmente diferenciados en la manera de proponer desafíos y soluciones. Pero en el grupo de colaboradores que mes a mes firmaron sus artículos, había algo que permanecía siempre fiel a los objetivos últimos de la publicación. En este sentido- y eso estaba en la voluntad de Pedro- entre todos realizaron un constructo que, desde distintas posiciones y formación o compromiso ideológico o político, coincidía en los propósitos dados desde un primer momento.

La lista de colaboradores es larga y, en forma exhaustiva, representa a lo más importante de la producción local, de la región, y también del resto del país. Esta extensa nómina, de indiscutible mérito y destacada presencia, es, después de todo, también un listado de los amigos y amigas del editor. La amistad esa 'pasión argentina' como le gustaba repetir a Pedro, fue siempre parte y motor principal de la empresa. Por eso el agradecimiento constante de CLAVES hacia todos aquellos que la hicieron posible.

No hay que olvidar aquí a quienes acompañaron esta aventura desde el comienzo: los suscriptores que se convirtieron en lectores apasionados, siempre presentes con sus críticas y sugerencias.

Y un espacio de reconocimiento especial para la imprenta que tuvo a su cargo la presencia mensual de la revista, en las personas de Hugo y Gustavo Cisneros, por la paciencia permanente para los cambios de última hora.

Para concluir, quiero expresar algo muy importante sobre la personalidad de Pedro: su permanente curiosidad intelectual, sus amplias lecturas, su pasión por los libros, su devoción por la literatura, la poesía, el arte, su compromiso ferviente con las causas populares desde su anclaje en el pensamiento peronista, su devoción por

los amigos, su increíble capacidad para la discusión argumentativa. Un aspecto nunca desmentido fue su prodigiosa ironía, una especie de compromiso socrático para la búsqueda de verdades, un inigualable posicionamiento que le permitía extraer de toda situación los aportes para revisar o modificar los cauces de toda discusión en busca de aquello que superara lo obvio o lo convencional para instaurar un pensar creativo y rupturista, pero también capaz de señalar nuevos y mejores cimientos para la construcción futura de un mundo más justo y solidario. Sus amigos y amigas lo recordarán siempre así, el gran conversador, el que podía dialogar con todos, ejerciendo un magisterio lúcido y enriquecedor. Así lo recordarán sus nietos, Malena, Mauro, Luciano y Joaquín, en quienes depositó esperanzas para un futuro acorde a sus anhelos y luchas.

Quiero ahora citar a un gran poeta de la lengua castellana, que resume cabalmente los sentimientos de todos quienes compartimos biografía con Pedro: “Nos dejó hartos de consuelo, su memoria”.

2. DE CÓMO PEDRO PASÓ A SER MI AMIGO Y MAESTRO

Lo conocí en algún pasillo de la casa de gobierno de Grand Bourg, y comencé a tratarlo, si mal no recuerdo, durante los años de gobierno de Hernán Cornejo.

Desde el primer momento me impactó su figura y su dicción, extrañas en tierras norteñas. Caminaba como acelerado, con urgencia, pasos cortos, difícil de seguir. Y hablaba en un porteño plagado de modismos locales que no perdía el tono socarrón y arrabalero. Con perdón.

No tenía yo mucho conocimiento de la historia del peronismo lugareño anterior a mi radicación en Salta. Había militado en otras geografías. Seguramente debido a eso no podía encasillarlo en alguna de las facciones internas del movimiento, que en esos años continuaban en pugna por anteriores diferencias. Pero sí teníamos algunos amigos en común, o al menos compañeros de la política. Años de pasiones aún vigorosas, de brasas aún calientes por fuegos anteriores. Cuando parecía que iba la vida en cada discusión. Brasas que se fueron enfriando con el correr de los años, durante la ominosa década del 90'. Y que resurgieron en la siguiente década, para recordarnos que "el fin de la historia" se encontraba lejano.

Después de la derrota del peronismo en el año 1991 a manos de Roberto A. Ulloa, Pedro decidió sacar a la luz pública una revista, CLAVES, la que fue su obra de mayor envergadura y permanencia. No porque el mensuario fuera un lujo de edición. Ni porque su actuación pública anterior haya sido intrascendente. De todo eso hablarán otras voces en este número homenaje. Sólo importan para mí hoy las cuestiones más personales, entrañables.

Pedro se movía con escasos recursos, publicidades y suscripciones, algo para ir tirando. Pero sin embargo, poniendo en juego su prestigio político y personal, y sumándole un tesón y fuerza de voluntad que más de un veinteañero envidiaría, consiguió lo que se podría señalar como "un milagro". Juntar en las mismas páginas

diferentes voces, distintas miradas, diversas interpretaciones de lo que ocurría tanto en el ambiente político, como en la literatura, el arte, las ciencias, y la vida diaria en las calles. Y esa maravilla del encuentro y el diálogo era papel, pero en las letras estaba su propia visión de lo que debía y podía ser nuestra Patria.

Recuerdo que las primeras notas que le acerqué hablaban de “El Carnaval de Oruro” y “La ruta del vino”. Hasta ahí, poco y nada había compartido con él, fuera de algún encuentro en casa de amigos comunes. Pero desde esas notas, alejadas justamente del mundo de la política partidaria, nuestros diálogos comenzaron a ser cada vez más frecuentes.

Me impresionaba su respeto por el adversario (o adversaria), en quién podía señalar desaciertos, sin perder por eso la estima personal, como algo sobreentendido en un caballero. Rara vez, muy rara, se le escuchaba insultar a alguien en nuestras conversaciones. Al último que le escuché, por cierto, y no en un momento de enojo, si no con estudiado desprecio, fue al actual presidente.

Siempre le decía yo entre risas que la oficina de CLAVES era la Secretaría de Cultura paralela. Por su puerta pasaban todos los días personajes notorios de las distintas disciplinas. Todos se sentían en la necesidad de conversar un rato con Pedro, aún de cuestiones personales.

Durante el conflicto con Uruguay por la instalación de las “pasteras”, me pidió un artículo para el número de ese mes. Indignado por el tratamiento del tema que llevaba adelante el presidente Kirchner con aquella reunión de dirigentes frente al río increpando a nuestros hermanos de la Banda Oriental, escribí unas líneas irónicas y descalificadoras. Me explicó que no lo iba a publicar porque ese no era el tono habitual de la revista. El enojo mutuo no pasó a mayores, pero después siempre le recordaba que era la primera vez que un compañero me había censurado.

Cada charla en Tobías o en La Moderna era una lección de historia y de humanidad.

Ahí, fernet, cerveza o moscato de por medio, su lengua y su cerebro comenzaban una larga e insustituible demostración de cultura y calle entreveradas. Aunque a La Moderna, pese a apreciar a sus propietarios, no quería volver “porque está lleno de gorilas que me agreden, y algún día les voy a tener que contestar...” Por ahí, quién podía saberlo, con el estilete escondido en su bastón.

De su madre y su padre, campesinos, conservaba algunos recuerdos y una adoración casi encubierta. “La mitad construimos iglesias, y la otra mitad las quemamos”, repetía cada tanto, hablando de los españoles, como una definición irrefutable de sus orígenes. Pedro, tan criollo viejo y tan español, como miles de argentinos, en los últimos años repetía cada tanto: “Estamos jodidos...” La tarde de la elección de Jorge Bergoglio como Francisco I, al rato nomás, lo llamé por teléfono. Emocionado hasta lo que eran lágrimas de un agnóstico, me dijo: “Te das cuenta, un jesuita...y peronista”. Desde ese día, no dejó de pregonar, al menos ante mí, que la Iglesia de Francisco era nuestra esperanza de unidad en América Latina.

“Dos mujeres, un militar mulato, un obrero metalúrgico, un ex guerrillero...quien me iba a decir que alcanzaría a ver estas cosas”, me decía hablando de los presidentes (y presidentas, no se enojen) que gobernaban años atrás América Latina.

“Ya el diario (como él llamaba a su revista) no sirve para nada, ahora son otros los medios...”

Su interpretación del último Perón. Y su último gran amigo, un radical, todo un símbolo.

Quedan muchos recuerdos, y mucho cariño, fuera de este texto limitado. Y perdón por las confidencias, Pedro. Nos vemos.

3. PALABRAS PRELIMINARES

Yolanda Fernández Acevedo

Esta edición de un número especial de homenaje a Pedro González y la revista Claves, se realiza a un año de la desaparición física de Pedro. La revista- que comenzó como un quincenario de opinión en febrero de 1992, para en unos pocos meses cambiar de formato y establecer una frecuencia mensual- se prolongó hasta diciembre de 2015. Estos 24 años de trayectoria la hicieron partícipe de grandes transformaciones políticas, sociales, culturales. Cuando se tiene la oportunidad de realizar una lectura completa de la colección asistimos a una representación temporal de cómo se gestaron, cómo se desarrollaron y qué alcance tuvieron los diversos episodios de la historia de nuestra provincia, de la región, del país y de Latinoamérica. Sabemos que esa fue la intención de su fundador: contribuir al conocimiento, brindar la información, discutir los argumentos explícitos e implícitos de cada nueva propuesta, establecer vínculos entre la diversidad de opciones, movilizar la discusión y el intercambio entre modelos diferentes: en una palabra, participar activamente en la construcción de una conciencia social y cultural que fuera capaz de expresar los conflictos y enunciar las soluciones.

Este número especial de Claves constituye, de algún modo el año 25 de su presencia. Pedro quería, y lo dijo expresamente, llegar a ese cuarto de siglo para Claves. Por eso realizamos este doble homenaje, a una revista y a su director, para concluir con esta prodigiosa aventura del pensamiento y la acción que se generó con Claves. Un cierre adecuado era convocar a todos los colaboradores que escribieron en ella y participaron de ese destino moral. Lamentablemente, por distintas razones, no todos estarán presentes en este número, pero los que lo están hacen que el lector pueda encontrarse con el mejor espíritu de esa publicación. La pluralidad de puntos de vista, la diversidad patente de los encuadres ideológicos y políticos, son los que sustentaron la vigencia de la revista. En la escritura de cada uno de los colaboradores podremos encontrar, pese a las ondas diferencias, ese impulso constructor que exige la revisión permanente de los argumentos en pugna que subyacen a toda una sociedad. Por eso, el valor de estas notas está centrado,

no sólo en el homenaje, sino en las sugerencias que explicitan para dar respuesta a nuevos desafíos.

Y es que la labor de Claves, de alguna manera, no concluye: deja abierto un camino para nuevas convocatorias, para nuevas discusiones, para la exploración y la indagación permanente en los ámbitos de la historia, la política, la cultura, la literatura, el arte, los discursos científicos, la filosofía. No es escasa la tarea que cumplieron los colaboradores de Claves: el tiempo nos dará la posibilidad de nuevas lecturas que ampliarán el horizonte de nuestra comprensión. Y esa es la contribución que estamos homenajeando en este número especial de Claves para cumplir con su cuarto de siglo: un legado vivo para la permanente investigación y la siempre presente reestructuración de temas y motivos que permitan una mejor aprehensión de los problemas de nuestro lugar en el mundo, enriqueciendo el espectro de posibilidades para dar soluciones efectivas.

De este modo, cumplimos con el doble homenaje a la revista y a su fundador y director, con el agradecimiento a los colaboradores, a los suscriptores, a los avisadores.

Este número, entonces, cierra estos 25 años de labor. Pedro, director de la revista y los colaboradores que la hicieron posible, pueden estar satisfechos: Claves ha cumplido con los propósitos que enunciara en sus comienzos y ratificara en su final.

4. CONVERSANDO SOBRE PEDRO, NUESTRO PADRE.

Alejandra y Fernanda González

Veinticuatro años antes de su fallecimiento, el 18 de marzo del 2016, nuestro padre comenzó la publicación de Claves. Se aventuró, una vez más, dejando su trabajo en un estudio jurídico para construir un espacio que fue creciendo gracias a su perseverancia (¿o su testarudez?).

Ese ámbito se armó con la misma trama que caracteriza a los intelectuales latinoamericanos: una pasión desbordante por la cosa pública, una interrogación sin fronteras por los problemas regionales, una inclinación hacia las formas novedosas de la expresión artística, una vertiente donde lo popular opera como factor de atracción pero, a la vez es cuestionado en su definición y límites, y un culto por el ejercicio de la palabra y la potencia del pensamiento, que hicieron de Claves un lugar de encuentros y desencuentros reflexivos. En un peregrinaje que se fue acrecentando con los años, acudieron poetas, políticos, intelectuales, profesores, funcionarios, artistas especialmente de Salta y del noroeste, pero también más distantes, a discutir los temas del momento, pero también la validez de una metáfora, o la pertinencia de una toma de posición pública.

Cada quien sabrá que aprendió o compartió con Pedro González, nosotras sus hijas, sentimos que dejó abierta una preocupación, un camino que no se resuelve. El viejo nos enseñó a preguntarnos, a amar algo que no se sabe qué es: Nuestra América. No la de los americanos, la de José Martí. Con sus poetas, y sus políticos, siempre héroes trágicos y en el filo de la gloria y el patetismo, con esos pueblos valientes, que no están donde los esperamos, y se sublevan en el momento menos pensado, con esa historia, hecha de mezclas extrañas de un imperio colonial que inicia su decadencia y cientos de comunidades que a pesar del genocidio, y el maltrato, logran expresarse en un renovado barroco mestizo.

Fernanda: Por mi parte a mí me tocó trabajar con él los primeros años de Claves. Fueron todo un desafío y pura pasión.

Conseguir quien apoyara su empresa quizás no era tarea imposible, pero el acompañamiento económico con publicidad siempre fue un camino ríspido que mi padre batallaba mes a mes.

Lo que más recuerdo de esa época era su tesón, a pulmón puro, por atravesar cada uno de los embates que traía la compleja tarea de poner en marcha una revista cultural independiente en esta capital salteña.

Por más de veinte años vi a mi padre emocionarse tanto como angustiarse por querer construir un legado para la Salta intelectual que apreciara reflexiones críticas sobre distintos temas, siempre vigentes, de nuestro entorno americano.

Alejandra: A lo largo de estos años, y en conversaciones con el viejo, fueron apareciendo temas muchas veces polémicos: el ensayismo latinoamericano, las cuestiones del idioma de los argentinos, los paseos por el barroco, el drama palestino, los dilemas políticos y culturales que conmueven a la comunidad contradictoria y apasionada en la que vivimos.

Fernanda: Con ese amor “por la cosa nuestra” que trascendía la mera charla íntima para convertirse en un espacio que propiciara el diálogo, ni ingenuo ni ameno, sino justamente provocador y sacudidor de mentes inertes.

Alejandra: La última vez que conversamos, lo que derivó en escritura, fue en la terapia intermedia donde pasó su último mes. Hasta allí se acercaron los amigos, y nosotras, sus hijas y Yolanda. Una noche nos quedamos discutiendo una vez más sobre el significado del peronismo. Misterio casi inextricable que da que pensar a los argentinos y pensadores de diversas latitudes en los últimos setenta años. Conversamos acaloradamente sobre quién podía definir el adentro y afuera del peronismo, considerando que, durante al menos siete décadas, hubo salidas, ingresos, reincorporaciones, reproches y perdones. Resultó un artículo que

publicamos en el periódico amigo Punto Uno. Es peronista quien tiene el valor de decir que lo es, concluimos. El peronismo siempre será una provocación.

Fernanda: El accionar de nuestro padre se demostraba con el pensamiento: esa era su verdadera riqueza. Movilizarte hasta la propia contradicción. Eso lo fascinaba.

Alejandra: Pienso en lo que les dejó a sus nietos. La veo a Malena peleando con su editorial independiente, en la construcción de un espacio de pensamiento no atado a ninguna institución, solo ligado a lo que le importa, sin temor a cambiar de opinión, a ponerse en otra vereda, y en un espacio de comunicación. ¿Y a tus hijos, en qué los marcó?

Fernanda: En los tres veo algún reflejo suyo. Mauro tiene ese sentimiento arrogante en el buen sentido, de batallar...ir para adelante pero sin dejar de ser vulnerable a la vez. A Luciano, quizás el más parecido, ya que tiene algo del físico de su abuelo, papá le legó el amor por lo público, por la política en sí, por el prójimo...en Joaquín veo su mirada curiosa, esa persona que se asombra de todo y que siempre está dispuesto a conocer cosas nuevas.... a arriesgarse. Algo de aventurero, tal vez.

Alejandra: No podríamos hablar de la marca que Claves dejó en la vida cultural y política salteña, pero sí en la nuestra. Para mí fue el permiso para abrir un ámbito de escritura, de diálogo y de discusión. Debatíamos fuerte con el viejo. Creo que, en mí, papá operó como el que habilita la palabra. Escribí en el primer número de Claves y en el último, y hubo un gran camino. Porque no estábamos de acuerdo muchas veces, discutíamos las notas, no era fácil, porque no cedía. En relación a la verdad, no hay que ceder, solo saber que nadie la conoce entera. No se trataban de conversaciones amigables de sobremesa. Quizás lo más importante que me enseñó es que el pensamiento no era cuestión de profesores de filosofía, profesión que valoro, sino una tarea que excede en mucho los límites de las escrituras canónicas universitarias. Se trata de una aventura, que involucra los aspectos más

personales, donde se juega el pasaje de lo privado a lo público, de lo íntimo a lo que puede volverse urgente en el debate de la convivencia.

Fernanda: Sí, totalmente. Que podemos decir sobre la verdad. Su verdad, nuestra verdad. Por suerte sabemos o lo que es peor, creemos saber lo que es la verdad y en realidad sólo podemos ser capaces de construir un relato de esa parcialidad. Siguiendo con esa lectura verdad, realidad, peronismo...sus grandes motores.

Alejandra: Y sí, siempre el peronismo. El nombre que tiene para mí el deseo de vivir juntos de esta comunidad. El peronismo y la literatura. Me parece que están ligadas esas preocupaciones. Me pregunto si no serán lo mismo. Si el peronismo no será el género literario que inventamos una y otra vez los argentinos. Cada generación le agrega su estilo, su tema favorito, su retórica. ¡Hace más de setenta años que lo venimos haciendo! Y después de todo, la literatura ¿no es un largo ejercicio de la memoria colectiva donde se abre paso la palabra que cuando es honda, habla a todos, y para el futuro?

Fernanda: Ambas palabras las aprendí de él. La literatura: ese maravilloso lenguaje que habla y es hablado por todos.... al igual que el peronismo. Cosas de las que no puedo disociarme, dejar de sentir las, crearlas propias para después “ajenizarlas”, destruirlas, convocarlas, hablar bien de ellas y mal.

Alejandra: También la historia fue un tópico privilegiado. ¿Te acordás que papá soñaba con Alberdi que le decía no sé qué cosas?

Fernanda: No sólo le decía cosas, discutían de igual a igual. Cuando era chica, muchas veces, creí que papá realmente había tenido ciertas conversaciones con Alberdi, Sarmiento...

Alejandra: Sí, Sarmiento. Recuerdo escucharlo hablar tantas veces de Sarmiento, en una conversación última con Joaquín Giannuzzi, charlaban de su idea de nación, de sus viajes, de sus contradicciones...

Fernanda: Lo complejo de Sarmiento me trajo más de una pelea con colegas, y de seguro su incorporación a mi pequeño universo “profesoril”, al igual que Mansilla,

que hubiera estado encantado de conocer a papá. Se habrían divertido mucho cuestionando las distintas formas de entender o ver la realidad.

Alejandra: Y su amor por Darwish, por Said, Por Palestina. Hay muchos dolores en este mundo. ¡Pero Palestina apareció tantas veces en Claves! Como si se resumiera allí el dolor de los excluidos de todos los tiempos, de las injusticias de siempre...

Fernanda: Reconozco que tus charlas eran más profundas. Aquí sólo escuchaba, con placer y admiración (algo que tengo por los dos), ese ir y venir de ideas y cruzamientos de palabras mientras mamá preparaba una picadita... y siempre volvía a salir el tema de América. ¿Te acuerdas?

Alejandra: Sí, nuestra América estaba siempre presente. Como si fuera un espacio ardiente al que hay que volver una y otra vez. ¿Un sueño? ¿Una utopía? La unidad de América. ¿Bajo el imperio jesuítico? ¿Y el barroco? ¿Cómo no pensar el barroco de la contra-conquista? El de Lezama, insumiso y creador.

Fernanda: Tantas utopías en su mente y en su corazón. **No le quedaba otra cosa que ser peronista.** Esa era su verdadera identidad.

Alejandra: No se trataba de una identidad fallida, ni de unas raíces olvidadas, sino de un proyecto político, demorado, contradictorio, doliente.

Fernanda: Recuerdo unos de los últimos días en la clínica cuando ya estaba muy mal y entré a la habitación para saludarlo. Me retó y se enojó conmigo porque no había saludado "*al caballero de la fina estampa*". Le pedí perdón... saludé correctamente al caballero y miré fijamente a mi padre a los ojos y ahí me di cuenta de que yo era la que estaba en presencia de ese caballero.

Alejandra: También nos dejó esta familia, con Yolanda, esta fraternidad.

Creo que ya está escrito nuestro homenaje.